

TOMO LIX

**ACADEMIA NACIONAL
DE AGRONOMIA Y VETERINARIA**

ISSN 0327-8093

BUENOS AIRES

REPUBLICA ARGENTINA

Disertación del Académico de Número Dr. Norberto Ras

Una paradoja histórica La guerra por las vacas



Sesión Pública Extraordinaria
del
14 de Julio de 2005

Una paradoja histórica. La guerra por las vacas

Por el Académico de Número Dr. Norberto Ras.

Sr. Presidente

Sres. Académicos

Señoras y Señores

El tema que vamos a abordar constituye una de las más sorprendentes paradojas que persisten en la historia de nuestros Países. En efecto, lo que denominamos, siguiendo a otros autores, **Guerra por las Vacas**, fue una contienda sañuda, librada durante nada menos que trescientos cincuenta años por nuestros antepasados, para completar la conquista de las fronteras ganaderas que se extendían por miles de kilómetros cuadrados en el sur de la Argentina y de Chile, habitadas, laxamente como estaban, por parcialidades aborígenes de cultura arcaica, como los tehuelches en las pampas y los mapuches o araucanos de Chile.

Guerras tan prolongadas han existido a menudo en la historia. Veamos como ejemplo la Guerra de la Reconquista contra los moros en España, que se prolongó por espacio de más de ocho siglos o las de los tártaros y mongoles contra los reinos naciales en la Europa Oriental, también muy prolongadas. En Ibero-américa, la Guerra de la Independencia fue violenta, porque libró unos ciento cincuenta combates, pero duró sólo catorce años, hasta la batalla de Ayacucho, y las Guerras con el Brasil o la de la Triple Alianza, menos de cinco, la por las vacas, trescientos cincuenta. A eso se debe que el libro preparado para la descripción tenga más de cuatrocientas páginas, a las que se suman otras muchas de índices, bibliografía y anexos.

Por lo mismo, efectuar una relación que pretenda ser legítima, de un período tan largo, tiene dificultades. En esta reseña trataremos selectivamente algunos de los miles de episodios que lo jalonaron, por estimar que son los que con mayor exactitud revelan la esencia de los factores que intervinieron en forma cambiante a través del tiempo.

El propósito es lograr la comprensión de un problema vasto y sus poderosas consecuencias. Es sin duda importante honrar la memoria de quienes lo protagonizaron y enfrentaron sus penosas vicisitudes, como parte esencial de crear un *pasado usable* para los argentinos y los chilenos actuales.

Esto, nos obligará a ocuparnos de un campo de batalla que ocupó a dos frentes sobre dos países, tanto el de los Andes, abarcando a Chile y Cuyo, como el de las Pampas, que se extendió sobre las grandes llanuras al oriente de los Andes, hoy argentinas, separadas las dos por la franja de la pampa semi-árida o el Mamul Mapu de los araucanos.

Siguiendo este procedimiento y saltando a veces de uno a otro de los dos frentes señalados, que tenían actores, intereses y métodos similares, nos referiremos primero a la llegada de Almagro y sus compañeros, desde el Alto Perú, para fundar Santiago de la Nueva Extremadura, en Chile, ya que los españoles tardaron más en avanzar desde el Atlántico.

Desde un primer momento, se advirtió que los indios caían fácilmente en la esclavitud, doblegados por la ventaja tecnológica que daba a los españoles su posesión de armas de acero y de fuego, de caballos y perros de combate. La servidumbre de la población conquistada pasó a compensar por la escasez de los inmensos tesoros que habían adquirido en empresas anteriores como las de Hernán Cortés en México y la de Pizarro en el Imperio Incaico. Sin embargo, aunque se hicieron comunes los raids para aprisionar mano de obra para el trabajo forzado, llamadas por los sacerdotes las "infames malocas", los españoles chocaron hacia el sur del río Biobio con indios más belicosos y jefes decididos que frenaron su avance. El territorio de Araucanía, quedó por siglos como un obstáculo inexpugnable para los limitados recursos bélicos que pudieron movilizar los españoles y sus sucesores, los patriotas blancos. Infinidad de combates, numerosísimas bajas entre los indios y la desolación de muchas poblaciones de los cristianos, signaron la situación. Grandes líderes de los mapuches como Caupolicán, Lautaro, Pelantaru y otros muchos, a pesar de sufrir cientos de miles de muertos y cautivados, mantuvieron sus territorios exentos del dominio español, llegando a matar en combate a grandes jefes blancos como el mismo Valdivia y el gobernados Martín Oñez de Loyola, primo del santo, junto con centenares de sus soldados.

El estilo de guerra permanente se completó finalmente cuando los indios cayeron en la cuenta de que los blancos tenían rebaños importantes de vacunos y de yeguarizos que ellos se encargaron pronto de consumir y negociar en grandes cantidades, ro-

bándolos mediante el malón o maloqueo. Este sistema era para ellos un recurso cultural tradicional, para formas de la guerra india y para el habitual matrimonio exogénico, tanto por la fuerza como por el malón nupcial negociado con los familiares de la novia.

Después de años de confrontación casi permanente, el rey de España consideraría que era un pobre negocio enfrentar la resistencia de los mapuches, cuando él tenía un imperio inmenso para explotar. Así, terminaría reconociéndoles la posesión de la cuña de territorios de Araucanía, en el pedemonte occidental de los Andes, entre los ríos Biobio y Toltén, hasta la costa del mar en el Pacífico, tras parlamentos y tratados complejos con los loncos o caciques.

Por mucho tiempo, hasta fines del siglo XIX, los caciques araucanos reivindicarían estos convenios, a pesar de que ello significaba interponer una cuña hostil dividiendo en dos a Chile. Por lapsos prolongados sería necesario comunicarse por mar entre el valle Central y el norte de Chile y los territorios como Chiloé y otros, de más al sur.

Durante esos siglos quedarían desoladas poblaciones y estancias chilenas y cuyanas, donde fueron aniquilados sus pobladores, como por ejemplo, entre muchas Villarrica, en 1553, tras un homérico sitio. La villa recién podría volver a levantarse de sus ruinas en 1881, después de una desolación que se constituiría en símbolo de la resistencia araucana.

A la vez, desde el comienzo se habían ido poblando desde Chile, a través de los Andes, los oasis de Mendoza, de San Juan, La Rioja y otros, donde pronto hubo cultivos de riego y unas 33 estancias ganaderas. Se re-

pitieron los intentos de resistencia denodada de los indios lugareños, en su mayoría huarpes algarroberos, que fueron siempre sojuzgados duramente por los españoles, imponiéndoles diversas formas de lo que se denominaría "terror colonial", en forma similar a lo que harían todas las potencias colonialistas europeas (Portugal, Gran Bretaña, Francia, Holanda, Alemania) en sus aventuras imperiales de esos tiempos. A la inversa, los malones desolaron con frecuencia las estancias ganaderas, en las que procurarían vacunos y yeguarizos como el principal objetivo.

Como ejemplo de lo acontecido en la época, vale mencionar la desolación por los indios aucas o rebeldes de la incipiente villa de San Luis de la Punta de los Venados. En esa ocasión sólo se salvaron los pobladores blancos que tuvieron tiempo de refugiarse tras los fuertes muros del Convento de la Orden de Predicadores y además, se perdieron todos los rebaños.

Mientras estas tragedias se sucedían, paralelamente se manifestaban hechos trascendentes pero más livianamente recogidos por la historia, a pesar de su gran importancia. Por ejemplo, el hecho de que la conquista española fuera cumplida masivamente por varones, con muy escasa presencia de mujeres de la misma raza, hizo que en todos los poblados conquistados por ibéricos aparecieran prontamente anillos de descendientes mestizos, nacidos de los verdaderos harenes establecidos con la servidumbre indígena y luego, con las africanas, traídas como esclavas y pronto codiciadas sexualmente por los patrones. Dicho fenómeno sería más notable en las colonias ibéricas que en las de otras potencias imperiales,

aunque también hubo casos de mestizaje en colonias francesas, inglesas y holandesas. A esta masa demográfica nueva se unirían los negros escapados de la servidumbre, delincuentes y criminales varios, desertores de los ejércitos o navíos, y otros renegados. Esta descendencia que sería pronto mayoritaria, sería conocida como de vagos y malentretenidos, o de mozos sueltos sin uso ni beneficio, porque los padres cristianos en muy pocos casos se preocuparían de darles ocupación legítima y quedarían circunscriptos a formas de vida marginales, formando parte de la gran masa de la población dominada. A las mujeres casi no se les prestaría atención, porque eran usualmente ocupadas como servidumbre de las familias blancas o quedarían como pobladoras de las ranchadas, en las que la concepción de la vida familiar era bastante primitiva.

A la vez, otro fenómeno característico de los primeros tiempos de la conquista sería el *cataclismo pestilencial* introducido inadvertidamente por los caucásicos, procedentes de Viejo Mundo. En aquellos países existían dolencias infecciosas graves para las cuales los blancos habían adquirido formas de inmunidad que los aborígenes no conocían.

Ello provocó verdaderas hecatombes en los poblados indígenas, hasta hacer que los conquistadores se asombraran de encontrar despoblados en sus segundas visitas, los villorrios indígenas que habían visto muy habitados en las primeras. Tal sucedió con las tolderías *querandíes*, *timbúes*, *guenoas* y otras, en la Cuenca del Plata, y se han estudiado graves reducciones de hasta el 80 % de la población indígena en comarcas de Chile, del Incario, del Ca-

ribe y de México, y en otros puntos de América.

Sería notable la referencia del general San Martín en sus tratos con los *pehuenches* del sur de Mendoza, señalando que lo que más daño les hacía eran la viruela y la sífilis, ambos exponentes del cataclismo pestilencial, sumados a la tuberculosis, las gripes, la tos convulsa, la difteria, el sarampión, la escarlatina y otras del mismo jaez.

A todo esto hay que agregar un fenómeno que alcanzaría gran repercusión reforzando la conexión entre los frentes de los Andes y de las Pampas.

Se trata de la expansión rápida y violenta de los araucanos, desde sus lares habituales en la Araucanía chilena, hacia las inmensas extensiones casi desiertas en las pampas que además, pronto estarían pobladas por enormes rebaños asilvestrados de cimarrones y baguales, que ofrecerían cacería mucho más productiva y hasta más gloriosa que la *šalvajina* a que estaban acostumbrados y que ahora la condición de jinetes les facilitaba.

Esta migración hacia las pampas, a veces transitoria y a veces permanente, que se haría creciente, sería auspiciada por los propios caciques de Arauco, que destacarían a sus hijos hacia las pampas para que "se hicieran valientes". Ello significaba arrear animales hacia Chile, enfrentando la oposición, no sólo de los huincás o extranjeros cristianos, sino también de las *tolderías* tehuelches ocupantes del lugar, que se veían desplazadas, muertos sus jefes y cautivadas sus mujeres y sus hijos.

La Guerra por las Vacas abarcó, por lo tanto, diversos episodios de lucha entre indios, como fueron las batallas de Languiño, de Senguer y de Piedra Sotel, en Chubut y algo des-

pués la de Choele Choel sobre el Río Negro y otras, en las que triunfaron los mapuches, con gran mortandad de tehuelches. Se registraron, además, asesinatos como los muy comentados de los caciques chilenos Rondeao y Melín con muchos de sus borogas, a manos de los también chilenos huilliches de Callfucurá, o la masacre de los pehuenches a manos de los huilliches, al sur de San Rafael, en Mendoza, y otros muchos, que fueron verdaderos genocidios entre indios.

A la vez, la saña de la guerra haría que hubiera masacres de indios bajo los sables de algún regimiento, como las de los borogas en el Arroyo del Pescado y poco después, en Languiyú, cerca del actual 9 de Julio, y las varias que hubo en la proximidad de Bahía Blanca., tanto a manos de los borogas y "pincheirinos" realistas como de la guarnición patriota porteña del fuerte.

Nos referimos a esta migración araucana que iría creciendo con el tiempo, como la creación de la Magna Araucanía en las pampas, siempre conectada y con población de la propia Araucanía al oeste de la cordillera, hasta el fin mismo de la guerra. Es una adecuación del viejo concepto de 400 años a.C., cuando las ciudades de la Grecia clásica hicieron lo mismo con sus migraciones en el Asia Menor, Sicilia y el sur de Italia, creando lo que se denominó la Magna Grecia.

Estamos forzados por la limitación del espacio a detenernos sólo en unos pocos aspectos de la terrible y sostenida confrontación, en la que las fuerzas militares de los cristianos tenían casi siempre la ventaja de su superior armamento y disciplina, pero los toquis o caciques de guerra,

mantienen la iniciativa de atacar en puntos específicos que ellos elegían, con excelentes caballos y que podían batir concentrando fuerzas mucho más poderosas que las asentadas en los fuertes para oponérselos.

De esta manera, según los informes de los cónsules británicos y estadounidenses de la época, los diversos malones hechos a lo largo de más de 1.300 kilómetros de extensión de la frontera en las pampas, lograrían llevarse hacia las tolderías, a veces renunciando a una parte de lo recogido en sus algaras por la persecución de militares y hacendados, un promedio de 100 a 200.000 cabezas vacunas y muchas decenas de miles de yeguarizos año tras año. Esto representaba una extracción verdaderamente invalidante sobre el capital semoviente criado en las estancias.

Eso, sin contar el elevado número de bajas entre muertos y cautivos en la población rural de los campos atacados, que las invasiones hacían a veces espaciadas por meses y hasta por años, pero que, otras veces, eran efectuadas en varias oportunidades en un mismo año.

Un aspecto interesante, nunca debidamente esclarecido, es cómo se las arreglaban los arreadores indios para que rebaños de tantos miles de cabezas como los que se pudo comprobar que habían reunido los malones de Ancafilú, de Raylef, o de Callfucurá, además de los formados al reunirse los de muchos malones menores a cargo de bandas más pequeñas, para cruzar las travesías secas de la Pampa Central. En efecto, los historiadores de nuestros días, tras cuidadosas consultas y exploraciones, han llegado a la conclusión de que las aguadas del Mamul Mapu (tierra de los caldenares en la Pampa

Central), que interponía sus áridas travesías entre los campos verdes de la pampa húmeda y los grandes ríos Colorado y Negro, para llegar a la cordillera, no tenían agua para arreos tan numerosos.

La explicación que nosotros aventuramos, difícilmente comprobable porque los indios no escribían ni daban acceso a extraños en esos territorios profundos, es que hoy conocemos los territorios cuando ya los ríos cordilleranos que bajan de la cordillera en Mendoza, se han aprovechado para el riego de los oasis de esa provincia. Eso deja casi agotado el Chadileuvú-Desaguadero, que en los siglos anteriores corría con mucha más agua, alimentando ricamente las napas freáticas que alumbraban abrevaderos más generosos en su descenso hacia el Río Colorado.

Con el paso del tiempo, el hecho que el rey de España autorizara a los caciques araucanos a mantenerse como poseedores de las tierras de la Araucanía en Chile, y que por el contrario, las inmensas extensiones pampeanas estuvieran llenas de rebaños pastoreados laxamente por los blancos debido a las extensiones tan grandes que debían cubrir con muy poca gente, hizo que la población araucana se multiplicara en la Magna Araucanía de las pampas, en un proceso que se ha denominado "araucanización". Buena parte de los más célebres loncos y toquis de las pampas serían nacidos en Chile, como fueron Pablo Levenopán, los Yanquetruz tanto el ranquel como el tehuelche, Melín, Rondeao, Callfucurá y otros muchos.

Podríamos extendernos también en el surgimiento y desarrollo de la personalidad gauchesca, ya que ella resultó un componente fundamen-

tal para la ganadería inicial, en la Guerra por las Vacas, y porque ha sido promovida después como paradigma de la nacionalidad argentina, pero ello merece un estudio aparte y se tratará en otra oportunidad.

Siguiendo con el método de presentar solamente aspectos aislados del conflicto que sirvan como referencia general, podríamos detenernos en muchos de los infinitos malones lanzados por los caciques para abastecerse de ganado, de esclavos blancos y de otros objetos de la rapiña, así también como a los contramalones lanzados por las primitivas milicias, luego elevadas a la condición de cuerpos formales, como los Blandengues o Caballería de Frontera, y los Dragones y Húsares regulares o veteranos. Ellos fueron dispuestos como guarnición de los fuertes que, tras algunas iniciativas primitivas, fueron constituyendo una cadena de pequeñas fortificaciones que se extendían en una amplia curva en las pampas, desde la costa del Atlántico hasta el Fuerte San Carlos, en Mendoza, o sea la vastedad de los citados 1.300 kilómetros.

Entre los muchos episodios que pueden describirse, podemos escoger el malón de 1824, que invadió mandado por los veteranos caciques Ancafilú y Pichimán, con la ayuda de algunos gauchos renegados que les servían de guías hacia las estancias con más ganado.

En esa oportunidad la columna principal del malón, ingresó por los campos de Magdalena donde recogieron un rebaño que los cálculos de la época estimaron en ciento cincuenta mil animales. Perseguidos por los Blandengues del fuerte, el terreno inundado y las nubes de mosquitos hicieron difícil la tarea, a la que se ha-

bían unido los comandantes Arévalo y Cajaraville. En una noche lluviosa, se les unió también Juan Manuel de Rosas con un piquete de sus Colorados del Monte, bien armados y montados, con los cuales como vanguardia, dieron alcance al enorme arreo cerca de la laguna del Arazá.

Allí se trabó un encuentro por varias horas, porque los indios estaban frenados en su retirada al insistir en llevarse su inmenso botín de vacas. En ataques sucesivos los soldados infligieron a los indios fuertes bajas, incluyendo a su cacique Ancafilú, con lo que los demás decidieron desbandarse. El enorme rebaño recuperado, al marchar de regreso ostentando las marcas de todas las estancias de la zona, se extendía desde Dolores hasta las márgenes del río Salado.

Los indios en sus deliberaciones al volver del malón, achacaron el contraste a los guías renegados. Algunos de ellos fueron degollados, en tanto que el principal, llamado el "gaucho" José Luis Molina, pudo zafar gracias a su excelente caballo que lo puso en el fuerte Kakel Huinkul, donde su comandante, el mayor Cornell, tuvo que defenderlo nuevamente, ahora de los pobladores blancos que quisieron lincharlo por su colaboración con los caciques en el malón precedente. Finalmente, llegó el indulto concedido por Rivadavia a Molina por sus brillantes condiciones, que él confirmó algo más tarde cuando fue destacado cerca de Patagones para enfrentar la amenaza de los brasileños, ahora en guerra con el Río de la Plata. En esa ocasión Molina con unos veinticinco gauchos fueron decisivos para el triunfo del Cerro de la Caballada, en el cual una flotilla anglo-brasileña fue íntegramente apresada.

Importa señalar que la Guerra por las Vacas en muchas oportunida-

des se entrelazó inextricablemente con otros conflictos existentes entre los mismos indios o entre los grupos políticos blancos que pronto se empuñaron en la Guerra de la Independencia y luego, en la Guerra Civil en ambos países. Así por ejemplo, vale la pena mencionar que después de la batalla de Maipú, que colocó en el Directorio de Santiago a Bernardo O'Higgins, el ejército realista y sus partidarios chilenos se retiraron hacia el sur del país, donde la mayoría de los araucanos se volcaron decididamente de su lado, por considerar preferible el triunfo en la guerra del rey que les había garantizado la posesión de los territorios de Araucanía, cosa que los patriotas no les aseguraban. Así empezó la que se denominó Guerra a Muerte, caracterizada por terribles violencias, hasta que fueron decisivamente derrotados por los patriotas y la mayoría de sus cabecillas muertos o indultados en acuerdos de paz.

Sin embargo, varios grupos realistas se habían internado en los campos semidesiertos al este de la cordillera, como los tristemente famosos hermanos huasos Pincheira, acompañados de las indiadas con las que habían estrechado alianzas, como eran los borogas. En pos de ellos, comisionados por el gobierno chileno, pasaron los Andes hacia las pampas los escuadrones de algunos combatientes indios patriotas como Venancio Conhuepán, apoyado por un destacamento de coraceros y algunos mandos chilenos que tendrían destacada participación en diversos combates en territorio de lo que ya era Provincias del Río de la Plata o Argentina.

El intento era dar fin a los grupos realistas que podían intentar retornar a Chile para derrocar a O'Higgins, que contaba con el apoyo

del Ejército de los Andes. El general patriota chileno José Miguel Carrera y sus hermanos, enérgicos enemigos de O'Higgins y de San Martín, también efectuaron muy graves desolaciones en las pampas en procura de volver a posesionarse del poder en Santiago.

Los combates fueron muchos y encarnizados, intentando represalias contra el escuadrón chileno de Carrera, que unido a una fuerte coalición de mapuches, cumplió un tremendo malón que desoló la villa de Salto, con unos 300 muertos de sus pobladores y otros tantos mujeres y niños arreados cautivos al desierto.

Los combates en las pampas arreciaron en forma casi continua, terminando frecuentemente con la dispersión de los escuadrones indios batidos y la recuperación de todo o parte del rebaño robado. También en esa época se produjo la conocida derrota de Toldos Viejos, en la que un cuerpo de ejército al mando del coronel Andrés Morel fue desbandado con fuertes bajas por un escuadrón de setecientos conas mandados por el cacique Mulato, con el apoyo de los fusileros pincheirinos que mandaba en este caso el jefe Godé.

Dicha derrota provocó el contragolpe encabezado por el entonces teniente coronel Federico Rauch, veterano del ejército napoleónico, quien realizó dos penetrantes incursiones hasta Epecuén, bien al fondo de la pampa, provocando graves pérdidas en los malones y recuperando un gran número de cautivas que los indios llevaban consigo.

Lamentablemente, los indios aucás batidos se vengaron ferozmente de las tribus de indios amigos que habían servido de apoyo a Rauch. Ni bien el ejército regresó a Tandil para reponerse de la incursión, los aucás

atacaron a los tehuelches y a los pampas de Catriel, haciendo gran matanza, que incluyó al anciano cacique Cayupilqui, en lo que sería otro genocidio entre indios, aunque alrededor de la presencia de los cristianos.

La sucesión de millares de bajas de todo tipo, seguía creciendo al retirarse los malones más grandes o también en las batallas campales que se producían incluyendo desde puesteros y chacareros aislados, hasta los trescientos y más que quedaban abandonados en los campos, castrados o con el pecho abierto para extraerles el corazón, el hígado o los riñones. Era el hábito de comer crudo el "caritum", forma de antropofagia ritual heroica que practicaban muchos grupos indios, en lo que creían apropiarse de la fuerza y el coraje de sus enemigos vencidos.

Además, hacía tiempo se sabía que muchas cautivas capturadas por los indios en las pampas terminaban vendidas como esclavas en Valdivia plaza que, por irrisión, era mencionada como un Argel improvisado, en el que había un perenne mercado de esclavos.

El sistema de señores bandoleros organizado por los indios en las pampas, bastante similar al de los señores feudales de la Edad Media en Europa, proveía a la población indígena, predominantemente mapuche y hablando araucano desde comienzos del siglo XIX, una economía abundante, pero era una sangría permanente y dolorosa para los habitantes de las pampas.

Buen tiempo tomaría reseñar, por ejemplo la Campaña al Río Colorado, planeada y ejecutada en buena parte por Juan Manuel de Rosas, en tres columnas, con el concurso de Juan Facundo Quiroga, el caudillo

riojano recientemente derrotado por el general José María Paz, en La Tablada y en Oncativo, pero ahora designado comandante en jefe.

Vale la pena señalar que al negociarse esta campaña, el Dr Maza, Ministro de Gracia y Justicia de Buenos Aires y futuro mártir de la Mazorca, había iniciado tratos con el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, con el fin de que una cuarta División del ejército chileno atravesara los Andes neuquinos, como habían hecho en ocasiones anteriores, para atacar a los indios por la retaguardia, encontrándose con las divisiones argentinas en la confluencia de los ríos Neuquén y Negro. El estallido de la revolución del Comandante General de Armas de Chile, general José S. Centeno, encabezando a los partidarios de O'Higgins, impidió la participación de fuerzas chilenas, con lo que también disminuyeron las perspectivas de extender su soberanía a Neuquén cuando el tema se actualizó por la derrota final de los araucanos en los años de 1879 al '83.

Puede describirse lo acontecido con las tres Divisiones que actuaron, tanto la del Centro, mandada por el general José Ruiz Huidobro, como la de la Derecha, al mando del general José Félix Aldao, pero estas tuvieron resultados relativos, debidos principalmente a la sequía que desolaba los campos, salvo por la victoria de Las Acollaradas contra los ranqueles, en que perecieron varios hijos de Yanquetruz y sólo le quedaron unos sesenta guerreros con capacidad de combatir, aunque los aportes desde la cordillera y de la Araucanía y la natalidad propia pronto llenarían los claros en sus escuadrones.

Nos queda referirnos a la División Izquierda, mandada personal-

mente por Juan Manuel de Rosas con sus comandantes Ángel Pacheco, Delgado, Ramos y otros, que destruyeron numerosas poblaciones indias en pleno invierno y liberaron muchos cautivos, entrando hasta el sur de Mendoza.

Para dar a entender lo duro de la guerra, se puede mencionar la orden enviada por Rosas a su subalterno Ramos, diciendo:

"...para evitar el exceso de prisioneros, en lo sucesivo, tratándose de adultos, sólo se debe retener a los de más importancia". A los demás, se ordenaba dejarlos atrás con una guardia, ladeándolos al monte, o sea lejos de la rastrillada para fusilarlos en algún rincón apartado. "La orden continuaba argumentando que no convenía tomar prisioneros. Era mejor, en el ardor del combate, matarlos en caliente, por no tener como custodiarlos seguros".

Este es evidentemente uno de los episodios que pueden calificarse de genocidio a cargo de los blancos, que serían comentados posteriormente por los defensores de los indios, olvidando los que fueron, a la inversa, hechos entre ellos mismos.

Lo que interesa subrayar es que, como había sido la regla, el ejército después de sus triunfales avances y la fuga a su frente de todos los combatientes indios, tendría que retirarse nuevamente a sus bases, sin poder consolidar el dominio de los cristianos del inmenso campo de batalla, para cuya ocupación permanente no había población, ni empresarios, ni siquiera ganados suficientes.

Pasando a otros de los innumerables episodios que jalonan los trescientos cincuenta años de la guerra, podemos mencionar el ingreso en las pampas desde el sur de Chile, de

la gran familia Curá con sus huilliches y, principalmente, su participación en el asesinato en Massallé de los caciques borogas Rondeao y Melín, probablemente con muchos de sus tribeños. Aunque aparece como muy probable que Juan Manuel de Rosas haya sido el instigador de dicho crimen y en el reclutamiento de los asesinos, se hicieron evidentes esfuerzos para disimularlo y se movilizaron aunque tardíamente, los regimientos de Bahía Blanca para, supuestamente, perseguir a los asesinos, pero siempre sin concretarlo.

Tras varios incidentes, los coroneles blancos sospecharon que los varios ataques dirigidos contra los ranqueles habían fracasado porque los borogas aliados les hacían saber de antemano los propósitos del ejército. Por eso, la guarnición de Bahía Blanca, apoyada por el escuadrón de Conhuepán cayó sobre la toldería boroga en Arroyo del Pescado, haciendo gran matanza. Por segunda vez, el ataque en las proximidades de Languillú, cerca del actual 9 de Julio, terminó de liquidar el grupo y la cabeza de su jefe, el renombrado Caniquir fue llevada enastada en una lanza hacia Bahía Blanca.

Los indios de Venancio que habían sido de una lealtad reconocida, testigos de la saña con que se había conducido el ataque, se sublevaron en masa, matando a dos oficiales y unos setenta soldados, además de uno de los hijos de Venancio.

Poco después, la misma toldería de Venancio, cerca del Fuerte de Bahía Blanca, fue asaltada por una horda compuesta por varios cientos de indios unidos en una confederación para vengar a los borogas. Estos procedieron a matar a Venancio y a buen número de sus leales, antes de

seguir desolando y robando en dirección a Tapalqué, donde estaban asentados parientes y amigos del gran cacique muerto. Allí lograron robar en las tolderías, pero cuando se retiraban fueron alcanzados por la guarnición mandada por Pedro Ramos, con lo que se libró un feroz combate, que se denominó la Primera Batalla de Tapalqué, dejando más de doscientos conas muertos, contra veintiséis soldados y cinco indios aliados.

Algo después, en un nuevo combate sobre Pozo Pampa, los indios volvieron a ser batidos con nuevas pérdidas. En ambos casos se les habían arrebatado grandes arreos robados y conjuntos de cautivos. El gobierno premió con medallas a los combatientes.

Podríamos seguir reseñando episodios trágicos que bañaban en sangre a sectores amplios del gran campo de batalla. Además, en esos tiempos se vivieron episodios importantes como las batallas de Caseros, que terminó con la Tiranía de Rosas, y las de Cepeda y Pavón, que cumplieron la unificación de las diversas provincias y crearon un ámbito para la nueva Constitución inspirada por Alberdi y concretada con el concurso de Gutiérrez y un núcleo distinguido de ciudadanos. En la mayoría de estos conflictos participaron escuadrones indios y, en varios casos, dieron pábulo para que los conas aumentaran su agresividad, ahora con Callfucurá aliado de Urquiza, contra Buenos Aires, lanzado en fuertes malones, que volvieron a sembrar de muertos muchos campos.

Por ejemplo, en 1855, una enorme invasión desoló buena parte del centro de la provincia de Buenos Aires. El gran úlmen Callfucurá, tras pacíficas negociaciones había con-

seguido que se sublevaran las pobladas tolderías mansas ubicadas cerca de Tapalqué y Azul. Entre ellas había pampas viejos, de pronunciada estirpe pámpida, además de grupos mapuches y de otros orígenes que se habían distanciado de Callfucurá después del crimen de Massallé, aunque todos ya hablaban araucano y habían olvidado el viejo gunnu iajitch de los tehuelches pámpidos originales.

Para contraatacar a este malón se registrarían acciones importantes cuando Bartolomé Mitre, el Ministro de Guerra y Marina de la provincia, comandó un avance sobre las tolderías sublevadas de Catriel, mientras el coronel Díaz atacaba a Cachul, en camino para confluir con él. El ataque terminó en gran frustración cuando las tropas interpretaron que la retirada de los lanceros era una derrota decisiva y se desordenaron para saquear los toldos abandonados, sin prever el contraataque indio que seguiría de inmediato.

Solamente la ineptitud de los jefes indios les impidió lograr una victoria decisiva cuando los regimientos se refugiaron en la Sierra Chica desde donde, esa noche, pudieron efectuar una sigilosa retirada hasta la villa de Azul, mientras los guerreros aucás festejaban entusiasmados lo que se imaginaban sería una total victoria.

La época registra una sucesión de choques de núcleos importantes del ejército y las milicias, ahora llamadas Guardia Nacional, contra numerosos escuadrones de lanceros, que terminaron con cientos de muertos en las filas de los cristianos y considerables pérdidas materiales, hasta que nuevas paces lograron traer algo de tranquilidad.

Una vez más señalamos que estamos procediendo a una extrema síntesis de una guerra feroz que pro-

vocó mucha sangre, sudor y lágrimas. A todo esto, mientras continuaban los esfuerzos de la nación para tomar una forma definitiva, también se producían en el resto del mundo circunstancias especiales que incidirían profundamente sobre el curso de la Guerra por las Vacas. Así hay que mencionar que entre 1861 y 1865, mientras en los Estados Unidos se libraba la Guerra de Secesión, y casi a la vez la Guerra de la Triple Alianza entre nosotros, además de las ofensivas contra las bandas de montoneros que seguían obstruyendo la integración de una nación, se habían inventado y todos los ejércitos modernos incorporaban aceleradamente las armas de fuego interior, que diversas fábricas producían en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Suiza. Eran los renombrados fusiles y carabinas Remington, Winchester, Spencer, Sisse Veterly, Comblain y otros. El uso de estas armas incrementaría de tal manera el poderío de los regimientos, que los escuadrones indios con su armamento tradicional pasarían a ser decididamente arcaicos. A la vez, los avances masivos de la navegación a vapor, del telégrafo y los ferrocarriles introducían elementos decisivos para la paz y para la guerra, en la enorme extensión de las pampas.

Algunos de los caciques araucanos más lúcidos de Chile, comenzaron a ver con preocupación la situación. Aunque continuaba el tráfico de ganado robado, proveyendo recursos superiores a todo lo conocido tradicionalmente por las parcialidades mapuches en su vieja etapa de cazadores-recolectores, el futuro se les presentaba oscuro.

Por eso, el poderoso jefe arribano Mañil Bueno intentó aliarse con el general Justo José de Urquiza,

enviando como huentrenló o embajador a su hijo, a través de su alianza con Callfucurá. Sin embargo, esos contactos no tuvieron respuesta.

Muchos episodios adicionales podríamos incluir como demostración de la saña de esta guerra. Agregaremos la decisión del ya anciano Callfucurá que se dispuso a castigar las malicias sufridas por algunos de sus allegados a manos de jefes militares, para lo cual lanzó una invasión que recogió un enorme rebaño de unas 200.000 cabezas en las proximidades de la laguna La Verde. Allí lo enfrentaron Rivas, Borges y otros jefes militares, en la gran batalla de San Carlos, con el apoyo de los escuadrones de Coliqueo y de Catriel y muchos civiles de los pagos vecinos. Callfucurá tuvo que retirarse perdiendo varios cientos de lanceros y unas setenta mil cabezas del arreo recogido, lo que no impidió que su chusma auxiliar tuviera tiempo de llevar hacia las Salinas Grandes más de cien mil.

El gran cacique murió el 4 de junio de 1873 cuando algunos le calcularon unos ciento ocho años de edad, luego de haber intentado varios malones de venganza contra las parcialidades de Coliqueo y de Catriel, que habían combatido por los blancos, contra él.

En la década de 1870, se registrarían acontecimientos que permitirían optimismo en la larga confrontación con los indígenas. Por una parte, el armamento y preparación del ejército argentino habían sido muy reforzados, aunque persistieran numerosos problemas de aprovisionamiento y hasta de corrupción, que serían enérgicamente denunciados por Álvaro Barros, aún a costa de soportar arrestos y demoras de años en el otorgamiento de sus bien ganados despa-

chos como coronel graduado.

Por otra parte, las operaciones militares rechazaban a las tribus aucás a territorios cada vez más agresivos hacia el interior de la Pampa Semiárida Central, donde les era más difícil mantener sus siempre superiores caballadas y lograr abastecimiento para sus chusmas. Esto, si por un lado incrementaba su tendencia al cuatreroismo de mantenimiento, por otra parte los debilitaba en su aptitud de combate.

Pasado el período de la estrategia defensiva auspiciada por el Ministro de Guerra Adolfo Alsina, con su famosa zanja, tras su muerte precipitada por su abnegada dedicación a la guerra, lo sucedería en el ministerio Julio Argentino Roca, el general más joven del ejército argentino, con galones ganados en diversas luchas anteriores.

Bajo su conducción y con los progresos evidentes producidos, se cumplirían diversas acciones preparatorias y finalmente se desencadenaría la Campaña del Desierto, autorizada por el Congreso a alcanzar la ribera izquierda de los grandes ríos de la pampa.

Entre los últimos caciques aucás derrotados estuvieron los renombrados mestizos ranqueles Baigorrita y Lucho, que perecieron combatiendo, además de los que se rindieron y fueron distribuidos en diversas reducciones, como Pincen, Namuncurá, Sayhueque, Foyel, Reuque Curá y otros muchos.

Mientras estos sucesos ocurrían en el Frente de las Pampas, también en los Andes habían proseguido enfrentamientos entre los caciques araucanos, que conservaban incólume su dominio sobre el territorio de la Araucanía y el ejército chileno, que

nunca había logrado sobre ellos más que victorias parciales, siempre seguidas de retiradas.

A esta altura es preciso referirse a las profundas derivaciones que tendría la aproximación del fin de la Guerra por las Vacas, principalmente sobre las relaciones fronterizas entre los dos países, que la dominación de los araucanos sobre un amplio sector del límite aproximado sobre la cordillera, había mantenido en un limbo.

Del lado chileno había fuerzas con poder político importante, interesadas en mantener el comercio delictuoso de miles de cabezas de ganado robado en las pampas que, no sólo abastecían la demanda bajando el precio de la carne y los cueros en el mismo Chile, sino que eran exportadas a buena parte de la franja costera del Pacífico hacia el norte.

Compartían esta posición los pobladores próximos a la Araucanía que medraban directa o indirectamente del negocio, sino también gente influyente como el mismo prócer O'Higgins, el ex-presidente general Manuel Bulnes y su hijo el coronel homónimo, el alcalde de Chillán y otros como Basilio Urrutia, Domingo Salvo y José María Zúñiga, que tenían muchos partidarios, tanto entre los blancos como entre los caciques como Purrán, Agustín, Hueten, Aillal, Udalmán y varios más, que eran los intermediarios obligados del comercio ilícito. Este numeroso grupo para conservar la situación del comercio que los favorecía, obtuvieron que el gobierno chileno negociara con caciques que tenían algunas de sus tolderías instaladas en Mendoza y Neuquen, a los que ellos asignaron sueldos y ventajas diversas.

Además, las reclamaciones del gobierno argentino hechas en

1873, habían sido contestadas diciendo que las leyes de Chile permitían celebrar contratos sobre objetos lícitos entre personas con capacidad de contratar por lo cual el gobierno no podía interferirlas. Cabe preguntarse si el comercio de ganado robado podía ser considerado "objeto lícito".

En el año 1879, Chile se había comprometido en la Guerra del Pacífico, contra Perú y Bolivia, que lo obligó a trasladar las guarniciones de la frontera interior contra las tribus mapuches para combatir en el norte, donde se concentró por varios años la atención de gobierno, el ejército y pueblo chileno.

Por eso, cuando en 1880 el coronel Napoleón Uriburu, jefe de la IVª División de la Campaña del Desierto, en el sur de Mendoza, excediendo las instrucciones del Congreso, atravesó los ríos, ocupó todo el territorio de Neuquén y cortó la comunicación tradicional de los araucanos entre la Araucanía y la Magna Araucanía, no hubo reacción y el ejército argentino pudo continuar la exploración y ocupación los siguientes años de la totalidad de la Patagonia, que ya había sido visitada y descripta por exploradores argentinos, como el Perito Moreno, Piedra Buena y otros.

En 1880, el ejército argentino en su avance, había eliminado el sistema de cacicazgos araucanos al este de la cordillera, logrado la aceptación de las leyes argentinas por los pocos comerciantes chilenos que aún recorrían la zona, y abierto el camino para la radicación de colonos y ganados argentinos y cosmopolitas en toda la inmensa extensión de campos arrancados al dominio de los indios.

El gobierno y el ejército chileno tuvieron que continuar combatiendo contra los araucanos hasta 1883,

cuando lograron finalmente doblegar sus últimas resistencias. Su lucha se había hecho en verdad suicida. No obstante, la totalidad de las parcialidades mapuches se levantaron para combatir, olvidando sus diferencias antiguas, intentando por última vez mantener su soberanía sobre Araucanía, pero el poderío ya abrumador de los blancos los derrotó con relativa facilidad. Los últimos choques fueron verdaderas hecatombes, en los que los ríos corrieron rojos de sangre, al decir de los comentaristas de la época.

En 1882 había podido volver a levantarse la población de Villarrica, desde su desolación al comienzo de la Guerra por las Vacas, y pronto la población araucana, sin sus caciques, compartiría la ocupación del territorio con la población blanca y mestiza, frecuentemente como agricultores pobres, teniendo que ser asistida por el ejército chileno durante años, con millares de raciones, para paliar sus necesidades.

Como corolario, que permita hacerse una idea global de la magnitud de la Guerra por las Vacas, puede consignarse una estimación del costo que representó.

Estudiosos chilenos mencionan que en los primeros siglos de la confrontación en el Frente de los Andes, hasta que se creó allí la "ficción de guerra", los araucanos perdieron unos quinientos mil combatientes, de los cuales unos cien mil pueden asignarse a la Guerra por las Vacas, diferenciándolas de la inicial Guerra de Conquista. A esto hay que sumar los miles de prisioneros a quienes los españoles amputaron ambas manos, nariz y orejas, antes de enviarlos de vuelta a sus tribus, como imposición del "terror colonial" que escarmentara

a los rebeldes. A eso deben sumarse aproximadamente diez mil españoles que murieron contemporáneamente en la cantidad de enfrentamientos y desolaciones.

En el Frente de las Pampas, por su parte, y también en el Frente de los Andes durante el período independiente, se produjeron infinitos malones, contramalones, y verdaderas batallas, como las dos de Tapalqué, la de San Carlos, la de Las Acollaradas, la del Arazá, la desolación del Alamito y muchas otras, cada una de las cuales dejó víctimas que pueden estimarse groseramente en unos cien por año en la población blanca y el doble en los escuadrones indígenas. Estos hechos se mantuvieron por espacio de más de tres siglos, incluyendo períodos de relativa calma sumados a aquellos en que la lucha se exacerbaba. Sumados todos dan un resultado conjunto estimable de más de doscientos mil muertos, a lo que deben adicionarse miles de heridos y los muchos que quedaron inválidos, además de las pérdidas materiales enormes en cuatrismo, secuestros y de-

solaciones.

Ninguna otra guerra de las que soportaron los argentinos y los chilenos en sus historias alcanzó dimensiones semejantes. Recientemente se ha hecho una evaluación de las bajas sufridas por el ejército patriota en el transcurso de los ciento cincuenta combates librados por la Independencia, y ella se estima en la cifra de trece mil ochocientos muertos, a los que se debe agregar una cifra algo mayor en las fuerzas realistas, o sea un total de unos treinta mil como máximo. Como se ve, la diferencia es abismal.

Hecho este sucinto racconto de trescientos cincuenta años de guerra con su inevitable acompañamiento de muerte y desolaciones, cabe preguntarse el porqué del olvido profundo de las sin duda infinitas pruebas de coraje, resistencia y espíritu de sacrificio, tanto de los aborígenes con sus formas arcaicas, como de los pobladores blancos, que invirtieron su empeño en convertir a la Argentina y Chile en los países relativamente modernos que hoy son.

Muchas gracias a Uds. por la atención dispensada.